

# LA TRANSICIÓN

Los poetas y en general todos los artistas cuentan mejor la Historia que los propios historiadores, porque son capaces de expresar los sentimientos de las gentes por encima del relato escueto de los hechos. La obra de “La Transición”, representada en este teatro, es un espectáculo vibrante, imaginativo, hermoso, en el que se conduce al aire de galope los incidentes de aquella ocasión histórica y que alcanza su climax con la canción de Jarcha, liberta, liberta sin ira. Pero déjenme decir una cosa antes de meternos en harina: lo más importantes es que la memoria de “la transición” constituye un modelo, una metodología a seguir para hacer frente a situaciones difíciles como la que actualmente vivimos; que está viva y no puede ser un trasto o un recuerdo nostálgico a guardar en el baúl de los recuerdos.

En Adolfo el hombre y su obra. Yo conocí a Adolfo Suárez cuando era Ministro Secretario General del Movimiento. Con él Eduardo Navarro y Carmen Díaz de Ribera que le acompañarían a la Presidencia del Gobierno. Por aquel tiempo yo era Jefe de la División de Operaciones del SECED, cuyo Director era mi amigo Juan Valverde. No recuerdo de qué hablamos, pero él entonces estaba atareado con aquella Unión del Pueblo Español, expresión del tímido aperturismo del Gobierno Arias hacia el asociacionismo político dentro del Movimiento.

Nos azoraba el futuro. Yo había pertenecido al SECED desde finales de 1968 -el año de la Primavera de Praga, del primer asesinato de ETA y del Mayo francés- pero lo había dejado y había pasado casi dos años en el Instituto de Estudios Estratégicos del CESEDEN. Años de lectura intensa y extensa y de meditación preocupada por el futuro político de nuestra Patria.

Había vuelto al SECED con un documento “Ante el Cambio”, que se convirtió en guía operativa del Servicio. Estaba muy inspirado en un viejo texto de Cambó, cuyo título no recuerdo, pero en el que se estipulaba que la vuelta de la Dictadura de Primo de Ribera al orden constitucional debía abordarse desde el Gobierno, fuera de las aventuras de los golpes de estado o las revoluciones. Debimos hablar de eso, aunque los años transcurridos no me permiten el recuerdo concreto de nuestras conversaciones. Adolfo Suárez fue nombrado

Presidente del Gobierno el 4 de Junio de 1976 y doce días más tarde me designó Director General del SECED. Cesé en el cargo en Octubre de 1977 tras las primeras elecciones democráticas. Fui su jefe durante un año, cuatro meses y quince días, como figura en mi Hoja de Servicios. El SECED se había fusionado con los servicios de información del Alto Estado Mayor para dar origen al CESID y necesitaba un jefe de mayor rango militar. Durante ese tiempo de jefe del SECED, fui solo un peón de brega de Adolfo Suárez,

Vds. podrán pensar que fue un tiempo corto, pero les juro que fue intenso. Despachaba con el Presidente Suárez todas las mañanas. Noticias de los distintos grupos políticos, muchos clandestinos, y de sus actitudes. ¿Cómo sabes eso? me preguntaba. Porque todos esos grupos, o partidos, tenían la necesidad de crecer y aceptar a todos los que se presentaran ante ellos, algunos de los cuales nos informaban. También tenía conversaciones directas, como con Felipe González o Alfonso Guerra, incluso con unos pesadísimos marxistas leninistas, empeñados en hablarme de las excelencias de Kampuchea, sin yo saber que se referían a la Camboya de Pol Pot. Otras veces Adolfo me llamaba por teléfono a las dos de la mañana ¿Qué haces? Pues dormir y eso le sorprendía.

Año duro, durísimo..

Torcuato Fernández Miranda había elaborado aquel camino “de la Ley a la Ley por la Ley”, fuera de las aventuras revolucionarias y de las imposiciones gubernativas. De las Leyes franquistas a las que se derivarían de una Constitución non-nata, siguiendo el camino que suponía el respeto al ordenamiento jurídico del momento. El primer paso fue la aprobación por las Cortes Generales franquistas, el 18 de Noviembre de 1976 de la Ley para la Reforma Política, nacida de un borrador del propio Torcuato, que Adolfo hizo suyo con ligeras modificaciones y dejando otras propuestas formuladas por Herrero de Miñón y otros ministros. Sometida a referéndum el 6 de Diciembre, con una participación del 77 % del censo, fue aprobada por el 80 % de los votantes. Señalemos que el PSOE recomendó la abstención.

De aquella Ley destacaría el papel jugado por Miguel Primo de Ribera, su ponente y las reuniones en el Ministerio del Interior con Martín Villa, listas en mano de Procuradores en

Cortes y Consejeros del Movimiento, para conocer previamente cual sería su voto y saber quien podría hablar con cada uno de ellos para convencerles de que votaran que SI.

¡Qué difícil!.Las Leyes no son inmutables, ni entonces ni ahora, pero hay un camino legal para reformarlas, incluso para volverlas del revés. ¿Se han parado a pensar que para legalizar al partido comunista, además de forzarle a cambiar sus estatutos, se cambió un artículo del Código Penal y que después Martín Villa acudió primero al Tribunal Supremo para solicitar su dictamen y que cuando este alto tribunal se inhibió, solicitó la opinión de sus Sala de Fiscales, y que no lo hizo sin su “nihil obstat”?

Pero Adolfo, a esa vía de la Ley a la Ley superpuso otra que iba del hombre al hombre. Escuchar, oír a todos, hablar con todos. Enfrente la Platajunta, con su programa de Vds. se van, nosotros nos hacemos cargo del poder y dentro de un año elecciones democráticas. Converger, hablar y hablar cien veces más mientras se gobernaba. Hacer el hoy y preparar la ensoñación del mañana.

Afortunadamente todos pensaron lo mismo. El diálogo que parecía imposible entre el antiguo Secretario General del Movimiento y los líderes de la Platajunta, Felipe González y Santiago Carrillo, se produjo porque estos también, lejos del gesto fiero, buscaron el diálogo. Había que oír el sentir de los españoles. Cuando murió Franco, unos se apenaron - está el testimonio de las largas colas para ver su cadáver-. Otros se alegraron y brindaron con champán, pero una gran mayoría de españoles pensó “¡La que se va a armar!” y se decantó por la búsqueda de la paz y la concordia entre todos los españoles. Habíamos vivido la Guerra Civil, sus dos crueles retaguardias, y no queríamos repetir la Historia. Oír, oír a todos, a los líderes de los grupos y los grupúsculos, y a la gente que pasa por la calle, de ahí esa frase de Adolfo de convertir normal en política lo que es normal en la calle O la canción de Jarcha de “liberta, liberta sin ira y siempre liberta”, entre prohibida y tolerada, con la de “habla, pueblo habla” de Álvaro Nieto, que nos acompañaba desde la calle durante las jornadas previas a la aprobación del referéndum de la reforma política. Todo consecuencia de aquella otra frase de Adolfo, que figuró en la declaración programática de su gobierno, de “Devolución de la soberanía al pueblo español”. Adolfo conducía, mientras el Rey impulsaba la marcha, y debo decir que sus frecuentes llamadas por teléfono a Adolfo interrumpían muchas veces nuestro despacho.

¿Recuerdan Vds. la letra de aquella canción de “habla, pueblo habla? Decía así:

Si tienes el deseo de borrar  
la huella del rencor  
y quieres afirmar tu voluntad  
decidiendo tu destino  
con la fuerza de tu voz.  
Si tienes aliento para hablar  
Dime pueblo ¿Quién te obliga,  
Quien puede obligarte a callar?  
Habla, pueblo, habla.

Ya he dicho que no fue un año tranquilo. Los asesinatos de los abogados laboristas en Atocha; la aparición del “extraño GRAPO”, que algunos vinculaban a la extrema derecha; los secuestros de Oriol y del general Villaescusa, los asesinatos de ETA y las reacciones militares ante la legalización del Partido Comunista, parecían hundir la apasionante nave de la transición. Nunca, en ninguna de estas ocasiones, vi a Adolfo Suárez hundido o abatido, siempre le vi sereno, como el capitán de un barco que hace frente a un temporal y se mantiene firme sobre el puente. Recuerdo la escena cuando se produjeron los secuestros citados y el GRAPO amenazaba con su ejecución en 24 horas si no se cedía a sus pretensiones. Yo estaba haciendo montañismo por el Puerto de Navacerrada cuando me llamaron de Presidencia del Gobierno. Me presenté allí con mi pantalón bávaro, mis botas, mis medias y mi jersey de montaña. Me senté a una mesa con Adolfo. Empezamos a hablar. No se podía ceder al chantaje aunque la amenaza de asesinato de los rehenes fuera verosímil (el GRAPO asesinó a martillazos a unas cuantas de sus víctimas). Entró Landelino y me miró con cara de ¿Quién será este bicho raro? Tardó en reconocirme. Más tarde, cuando Martín Villa leyó la respuesta en televisión, reconocí los rasgos de lo dicho por Adolfo.

Hubiéramos querido una transición en paz y la vivimos entre zozobra y zozobra. Navegábamos mar adentro entre tormenta y tormenta, pero seguíamos el rumbo al puerto deseado, a la paz en libertad, con el aliento del Rey, con el impulso de Adolfo y con la ayuda de los hombres de uno y otro bando que sería largísimo citar, empezando por aquellos

ministros estimados penenes, que posiblemente constituyeron el mejor gobierno de nuestra historia, porque es fácil navegar en calma, pero hubo que hacerlo entre tormentas.

La legalización del partido comunista quizás fuera la más escandalosa decisión, con la dimisión del ministro de marina y la negativa de todos los almirantes en activo a sustituirle. Menos mal que Pery lo aceptó y fue un gran ministro. Le preguntaron que como le recibirían en al Ministerio y él contestó: con arma presentada y marcha de infantes. Faltaba más. Las declaraciones del Consejo Superior del Ejército no pasaron de las palabras. Me duele, pero me recordaban aquellos versos de “requirió la espada, miró de soslayo, fuese y no hubo nada”.

Perdonen que ahora aborde un tema personal. Mi padre había sido asesinado en mayo de 1938 en la zona republicana; mi abuelo Eduardo había muerto a los dos días de salir de la cárcel y a mí me negaron examinarme de ingreso en el bachillerato porque era necesario contar con el aval político de mi padre. Pesadas historias que tendrían su reflejo en el otro lado que también quería la paz. Pero mi compañero de banca del instituto en 1939, mi amigo del alma, era hijo de un fusilado por las mismas tropas que a mí me liberaron. Fuimos amigos siempre y nunca el recuerdo de nuestras tragedias se interpuso entre nosotros.

Yo recomendé a Adolfo Suárez la legalización del partido comunista y tuve problemas con mis compañeros y los mandos superiores del Ejército. Para mí el problema era asumir un riesgo conocido. No me creía los discursos de Carrillo ante el V Congreso, o sus declaraciones a Oriana Fallacci, hablando siempre de la necesidad de un mínimo de violencia para pasar de la dictadura a la libertad. ¿De verdad podían? Había que saber, medir y contar y tenía la certeza de que no podían; que una cosa era promover una huelga para defender una mejora salarial y otra hacer la revolución.. Me empapaba los textos de Lenin sobre la situación revolucionaria y el papel del partido como vanguardia del proletariado La imagen del fantasma que aparece en el famoso manifiesto de Marx y Engels encubría su debilidad real. ¿Tanto ruido para obtener una quincena de diputados, cuya mayoría se pasó al PSOE. y marchar desde entonces cuesta abajo?

Los muertos en las manifestaciones los vivíamos con derrotas propias¿ Se llamaba Mary Luz una de ellas?. Queríamos un discurrir en paz y nos salían duendes por todos los rincones.

El impresionante entierro de los laboristas asesinados. No todos los asistentes eran comunistas, pero aquella manifestación en orden contenía un mensaje de entendimiento que no podíamos ignorar.

¡Que difícil hacer la paz sin imposición al enemigo! Pero fue así: quienes detentaban al poder la acordaron con los mismos que poco antes pretendían derribarles. El programa de la Platajunta era claro: Vds. se van, nosotros nos hacemos cargo del poder y dentro de un año elecciones democráticas ¿Sería que todos teníamos conciencia de nuestra propia debilidad y que necesitábamos imperiosamente al otro? Una paz sin vencedores ni vencidos. La aventura de Adolfo Suárez en la que muchos fuimos simples comparsas.

Y buscamos la paz con ETA. Los miembros del SECED se entrevistaron con sus dos ramas en Ginebra y no hubo paz porque ellos no quisieron. Hubo una amnistía y todos sus presos salieron a la calle, pero siguieron asesinando y enseguida comenzaron con sus “marchas pro amnistía”, como si no hubiera habido una, como si matar tuviera siempre que quedar impune.

Y tratamos de resolver el problema catalán. Yo me entrevisté con Tarradellas en su casa de San Martín le Beau y allí establecimos un programa mínimo. Después él se trasladó a Madrid y se logró el respeto mutuo y el acuerdo en sus conversaciones con Adolfo.

Un largo camino que se inicia con la designación de Adolfo Suárez como presidente del gobierno; la aprobación de la Ley para reforma política por las Cortes Generales franquistas y su posterior sanción por referéndum; la legalización de los partidos políticos; las elecciones generales y la aprobación, también por referéndum, de la Constitución de 1978, la única de nuestra historia aprobada así, para cerrarse con los Pactos de la Moncloa que aseguraron la paz social. Yo solo fui testigo de sus primeros pasos.

No se que más decir. La transición fue un empeño colectivo en el que todos fueron generosos, en el que todos superaron las razones y las sinrazones que nos enfrentaban a los españoles por mitades. Fue un programa y lo puede seguir siendo. Fue la paz, pero déjenme decir para cerrar que no entiendo que entonces fuéramos capaces de tanto y ahora no lo seamos de tan poco. Quisiera así que la transición no sea un recuerdo, sino un programa

abierto, una metodología para resolver los problemas que entonces nos azoraban y los que ahora nos azoran.

Déjenme terminar con un recuerdo emocionado al General Gutiérrez Mellado, mi jefe y mi amigo. Servidor de la Patria por encima de todo. A él también se le debe el éxito de la transición.

Muchas gracias por su atención.